

# Monseñor Romero, padre de los pobres

Jon Sobrino S.J.

Animamos al lector a leer despacio la carta apostólica del papa Francisco para la beatificación de Monseñor Romero. Buena parte del texto tiene el estilo de la Curia Vaticana, pero lo central es muy comprensible. Y por lo que sabemos nace del corazón del papa Francisco.



El papa, al beatificar a Monseñor Romero ha hecho una cosa muy importante. Hay que recordar que ha roto con una tradición de 35 años que se oponía a ensalzar a Monseñor, que se ha opuesto, muchas veces con malas artes y poder mundano, a reconocer lo evidente. Para nosotros ciertamente es evidente que Monseñor Romero es San Romero de América, como dijo don Pedro Casaldáliga. Es evidente que con Monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador, como dijo el padre Ellacuría. Y es más que evidente que Monseñor Romero fue una buena persona y un gran cristiano. Bien haremos los salvadoreños y salvadoreñas, hombres y mujeres, campesinos y sacerdotes, obreros y obispos en parecernos un poco a él.

Además de declararlo Beato, al papa Francisco le ha tocado también dar las razones para ello. En palabras pensadas y sentidas esto es lo que ha dicho:

“Monseñor Romero es obispo y mártir,  
pastor según el corazón de Cristo,  
evangelizador y padre de los pobres,  
testigo heroico del reino de Dios,  
reino de justicia, fraternidad y paz”.

Normalmente no solemos llamar a Monseñor “padre de los pobres”. En la tradición de la Iglesia así se habla del Espíritu de Dios: “Ven, Espíritu Santo, padre de los pobres”. Y de ese Espíritu se dice además que es “dador de dones” y “luz de los corazones”.

Cada uno de nosotros y nosotras sabrá qué entiende cuando le llama al Espíritu Santo “Padre”. Pero no es difícil saber qué entienden los pobres cuando le llaman “padre” a Monseñor.

Tal como veo yo las cosas, quizás entiendan que Monseñor nunca les mintió. Les hizo crecer como hijos e hijas diciendo la verdad, sin encubrimiento, sin hipocresía, sin invocar a Dios falsamente.

Monseñor nunca les abandonó. Les apoyó, pero además salió en su defensa y por ello se enfrentó a quienes les ofenden. Y pidió oraciones para tener la fortaleza de nunca abandonarlas. “El pastor no quiere seguridad mientras no se la den a su pueblo”.

Monseñor nunca se guardó nada para sí. Fue un padre diciendo la verdad, defendiendo a los oprimidos y no alejándose nunca de ellos. Por eso los pobres quieren a Monseñor. Y por eso le llaman “padre”.

Razón tiene el papa Francisco. Monseñor es “evangelizador y padre de los pobres”. Nos lo explica muy bien el testimonio que publicamos a continuación.

En la antigua tumba de Monseñor, sin arte ni artificio, siempre con alguna flor, siempre con papeles escritos a mano, de agradecimiento y de peticiones, siempre con gente pobre y sencilla arrodillada, que ha podido venir de algún mercado, el testimonio de Regina Basagoitia nos presenta a uno de los miles de pobres, sin trabajo, a veces bolito, que está limpiando la tumba de Monseñor. No se siente triste ni solo. Se siente contento. Mirando a la tumba pronunció estas palabras: “Yo tuve un padre”.

